

pa, se dispara fuera de la órbita... ¡Qué lástima, Señor, qué lástima! Porque... lo digo con verdad... difícilmente se encontraría un espíritu de mayor rectitud, de mayor pureza... Pero ha tomado la doctrina en su sentido más riguroso, por lo más estrecho, por donde duele, y... no sé, no sé... Él cree que el equivocado soy yo, y yo que el equivocado es él. Él dice que procede conforme á razón, y con plena conciencia de ajustarse á la ley de Cristo, y yo digo... No, Señor, yo no digo nada, no sé, he perdido los papeles; este hombre me ha trastornado, ha llenado mi cabeza de confusión. No, no vuelvo á verle más. La sinrazón es contagiosa... Un loco hace mil. No más, no más.»

Y á pesar de esto, volvía, pues siempre le quedaba algún puntillo que dilucidar, ó seno escondido que reconocer en el pensamiento del peregrino. Volvía, y á nueva conferencia, nueva turbación y desconcierto del buen clérigo social. Se creerá que es exageración lo que se cuenta, pero es la verdad pura. Don Manuel llegó á perder el apetito, cosa de extraordinaria novedad en él, dormía mal, y se desmejoró su rostro. Creyeron sus amigos que había dado el bajón repentino de la aproximación á los setenta, y no faltó quien atribuyese á una causa moral la pérdida de aquel excelso aplomo que era su característica. Quizás su bondad se re-

sintió de haber encontrado una bondad superior, ó que tal le pareciera, y como vivía en la rutina de no tratar más que inferiores, en el terreno de conciencia, el repentino encuentro de un sér, ante el cual alguna de las energías de su alma tenía que hacer reverencia, le puso quizás de mal talante, aunque sin llegar, ni por asomo, á las tristezas de la envidia, pues era incapaz de este odioso sentimiento. ¿Consistiría tal vez en que el trato social, las consideraciones y aun lisonjas de que era objeto, habían llegado á formar en su alma la concreción de amor propio (de la cual los caracteres más dueños de sí no pueden librarse), y el conocimiento y trato de Nazarin rebajaron un poquito el concepto de su propio valer moral? Con independencia de la humillación y desprecio de sí mismo que impone la idea cristiana, todo sér conserva un poder de apreciación ó evaluación psíquica, por el cual, sin darse cuenta de ello, á sí propio se estima y tasa. Sin duda Flórez empezó á conocer que se había tasado en algo más de lo que realmente valía. Como era recto y noble, acababa por conformarse diciéndose: «Bueno, Señor, bueno. Yo creí ser de lo mejorcito, y ahora resulta que hay quien me da quince y raya. Pues reconozca yo mi insignificancia, ó mi inferioridad manifiesta, y alabada sea la perfección donde quiera que se encuentre.»

El buen señor no podía pensar en otra cosa, y la fijeza de tal idea iba socavando su salud. A veces se pasaba las noches en habilidosos distingos y paralelos, anhelando engrandecer el concepto propio, sin rebajar excesivamente el ajeno: «Él es bueno, yo también. No digamos santos, porque la santidad en nuestros tiempos ¿dónde está? Yo soy social, él individual; mi esfera es el mundo de los ricos, la suya el de los pobres. En ambas esferas se sirve á Dios, ¡vaya! Él fortifica su alma en la soledad, yo en el bullicio; yunque por yunque, no sé decir cuál es el mejor. Cierto es que si miramos á la doctrina pura y á su aplicación á nuestras acciones, él aparece con ventaja, yo con desventaja; pero miremos á los resultados prácticos de una y otra forma de ejercer el ministerio, y entonces, ¿cómo dudar que la supremacía está de la parte acá? Y por último, Señor, él se va del seguro, él se corre de lo posible á lo imposible, en él la virtud se permite hacer sus escapatorias al campo de la extravagancia, y...»

Elevando los brazos, y mirando al techo de su alcoba, en la cual se paseaba para entrete-ner el insomnio, añadía: «Señor, Señor, llevar á la práctica la doctrina en todo su rigor y pureza, no puede ser, no puede ser. Para ello sería precisa la destrucción de todo lo existente. Pues qué, Jesús mío, ¿tu Santa Iglesia no vive en

la civilización? ¿Adónde vamos á parar si...? No, no, no hay que pensarlo... Digo que no puede ser... Señor, ¿verdad que no puede ser?»

Como pasaban días y días sin que Catalina le interrogase sobre el examen ó estudio psicológico del apóstol vagabundo, creyó del caso don Manuel tomar la iniciativa en aquel asunto, que más valía dar su opinión antes que la dama por sí misma y por otros caminos llegase á formarla. Todo lo temía de su talento agudo, afinado por una voluntad persistente.

«¿Y qué?—le preguntó Halma, demostrando menos curiosidad de la que Flórez esperaba.

—Empiezo por declarar—dijo don Manuel con solemnidad sincera, la mano puesta sobre su corazón,—que no conozco alma más bella que la del desventurado sacerdote, á quien la ley ha perseguido por vagancia y por haber dado amparo y protección á una mujer criminal. Si del estado de su entendimiento tengo aún mis dudas, de su conciencia, de su intención pura y rectamente cristiana, no puedo dudar. Quiero decir, señora mía, que encuentro una disconformidad irreductible entre la conciencia y el intellectus de ese singular hombre, y que si yo hallara manera de conciliar una con otro, tendría que declarar á Nazarín el sér más perfecto que ha podido formarse dentro del molde humano.

—Según eso, usted sigue viendo en él las dos naturalezas, el santo y el loco, y ni sabe separarlas, ni fundirlas, porque locura y santidad no pueden ser lo mismo.

—Exactamente.

—Bien podría deducirse de todo ello que, en nuestra imperfectísima comprensión de las cosas del alma, no sabemos lo que es locura, no sabemos lo que es santidad.

—¡No sé, no sé!—exclamó el limosnero extraordinariamente turbado, llevándose las manos á la cabeza.

—Serénese, don Manuel. ¿Será que usted, en su larga vida, nunca se ha visto delante de un problema semejante? Contésteme ahora: ¿el buen Nazarín practica la doctrina de Cristo tal como los Evangelios santísimos nos la enseñan?

—Sí señora.

—Y á pesar de esto, la conducta del buen hombre nos parece desconcertada... porque nuestras ideas así nos lo imponen. Si creyéramos otra cosa, debiéramos imitarle, renunciar á todo, abrazando el estado de absoluta pobreza.

—Sí señora.

—Y eso no puede ser. Hay algo dentro de nosotros mismos, y en la atmósfera que respiramos y en el mundo que nos rodea, que nos dice que no puede ser.

—Sí... puede ser... pero no puede ser... Ser no ser... He aquí, señora, la gran duda.

—Sigo preguntando. ¿Nazarín es humilde?

—Humildísimo. Asombra ver su tranquilidad ante los resultados probables del proceso. Si le condenan á presidio, lo acepta gozoso, lo mismo que si le hicieran subir al cadalso. Si le encierran en un manicomio, en el manicomio entrará y vivirá sin protesta. No se queja de la ley, ni de los jueces, ni de sus acusadores, ni de la opinión, que con tan distintos criterios le juzga.

—Y en el caso de que saliera libre, ¿se sometería al superior eclesiástico, sacrificando su independencia al rigor de la disciplina?

—También. Pues esto es lo admirable. Dice que si le absuelven libremente, se someterá y que...

—¿Qué más?... Sigo yo contando, pues usted, mi señor don Manuel, no tiene hoy la palabra tan expedita como de costumbre. Dice también el buen Nazarín que cuando se encuentre libre, persistirá en el cumplimiento del voto de pobreza que ha hecho al Señor.

—Cosa imposible, así tan en absoluto, pues la mendicidad, fuera de las Órdenes que la practican por su instituto, es contraria al decoro eclesiástico.

—Y dice más...

—¿Pero cómo sabe usted...?

—Dice también que el mayor anhelo de su alma es que le devuelvan las licencias para poder celebrar... y que se irá á vivir al presidio á donde sea destinado el *Sacrilego*, si se lo permiten las leyes penitenciarias, ó si no, en la misma población, con objeto de verle diariamente. Está comprometido á conducir al cielo el alma de aquel criminal, y la conducirá. Los mismos propósitos tiene respecto á Ándara, y su mayor gozo sería que los encierros á que ambos delincuentes fuesen destinados, radicarán en la misma ciudad. Si no, compartiría su tiempo entre la vecindad de Ándara y la proximidad del *Sacrilego*, llevándose consigo á Beatriz, sin temor alguno de ser censurado y escarnecido por la compañía de una mujer.

—Tales son sus ideas, si señora... Tan cierto es ello como que usted tiene algo de zahorí—dijo don Manuel, sin disimular su asombro.—¿Pero usted..., acaso, le ha visto, le ha oído...?

—No; pero veo á Beatriz, de quien soy amiga, y amiga del alma. No he querido decirselo hasta que no viniera una coyuntura propicia.

—¡Ah!... Me parece bien... Beatriz, la discípula...

—Pues bien, señor don Manuel de mi alma, esas ideas y propósitos del don Nazario bastardean un poco aquella pureza del alma de que me

hablaba hace un rato. La extrema humildad, ¿no se da la mano con el orgullo?

—Tal vez, tal vez.

—Por lo cual yo, más decidida que usted, sin duda porque soy más ignorante, veo bien patente la locura de ese santo varón... ¿Es un loco santo, ó un santo loco?...

—Locura... santidad...—murmuraba Flórez mirando al suelo, la cabeza sostenida por ambas manos, los codos apoyados en las rodillas, con todas las señales en rostro y acento de una hondisima turbación.

## IV

No pudieron detenerse, como deseaban, en buscar la explicación de aquel contrasentido, porque entró Urrea con noticias frescas, que hacían revivir el interés del asunto nazarista. Según contó el joven reformado, por los periodistas se sabía ya la sentencia del Tribunal, que se publicaría sin tardanza. No encontraba la Sala en don Nazario Zaharín culpabilidad: la vagancia, el abandono de sus deberes sacerdotales, la sugestión ejercida sobre mendigos y criminales no eran más que un resultado del lastimoso estado mental del clérigo, y como en ninguno de sus actos se veía la instigación al delito, sino que, por el contrario, sus desvarios

tendían á un fin noble y cristiano, se le absolvía libremente. Resultando del informe de los facultativos que repetidas veces le habían examinado, que los actos del apóstol errante eran inconscientes, por hallarse atacado de *melancolía religiosa*, forma de *neurosis epiléptica*, se le entregaba al poder eclesiástico para que cuidase de su curación y custodia en un Asilo religioso, ó donde lo tuviere por conveniente.

Don Manuel y Catalina guardaron profundo silencio al oír esta parte interesantísima de la sentencia.

«Á Beatriz se la absuelve libremente—prosiguió Urrea,—porque nada resulta contra ella, y la pena que merecía por vagancia, se estima cumplida con las dos semanas que sufrió de prisión correccional.» Ándara salía peor librada, aunque no tan mal como al principio se creyó. De sus primeras declaraciones, y de las de Nazarín, resultaba autora del incendio de la casa número 3 de la calle de las Amazonas. Pero su abogado, hombre muy despierto, había conducido el asunto con rara habilidad, demostrando que lo depuesto por Nazarín no tenía ningún valor testifical, por hallarse éste en pleno delirio pietista, presa de la monomanía del sacrificio y de la muerte. Ándara, en sus primeras declaraciones, había obedecido, según su defensor, á una influencia hipnótica del falso apóstol.

tol. Ampliado el juicio, y sustentada la no intencionalidad del incendio, el Tribunal admitió la prueba, condenándola, por lesiones á la *Tiñosa*, á catorce meses de reclusión penitenciaria. La causa del *Sacrilego* no tenía nada que ver con la de la vagancia y desafueros nazaristas. Aún no se había sentenciado, y por bien que saliera, sus catorce ó quince años de presidio no se los quitaba nadie, porque eran muchas y muy atroces sus audacias para llevarse la plata y vasos sagrados de las iglesias.

—Ya ve usted—dijo al fin Catalina á su amigo y limosnero,—cómo el Tribunal, haciendo suya la opinión de los facultativos, da por cierto que el santo varón no tiene la cabeza en regla.

—Y sin cabeza no hay conciencia—indicó el sacerdote con cierta alegría, como si entreviera una solución á sus dudas.

—Con todo—añadió la Condesa,—no debemos aceptar ese criterio como definitivo. Se equivocan los Tribunales, se equivocan los médicos. No afirmemos nada, y sigamos, mi señor don Manuel, en nuestras dudas.

—Sigamos, sí, en nuestras dudas—repitió el sacerdote, para quien era ya un descanso no pensar por cuenta propia.

—Y mis dudas—añadió Halma,—van á ser el punto de partida para resolver la cuestión, por-

que si no dudáramos, no nos propondríamos, como nos proponemos ahora, llegar á la verdad.

—Si señora—dijo Flórez, hablando como una máquina.

—La sentencia del Tribunal, que yo esperaba, me abre camino para poner en ejecución un pensamiento que hace días me corre por el magín.

—¡Un pensamiento! Á ver...—murmuró don Manuel perplejo, admirando de antemano y temiendo al propio tiempo las iniciativas de su ilustre amiga.

—Yo, digo, nosotros, sabremos al fin si nuestro pobre peregrino es santo, ó es demente. Espero que podremos reconocer en él uno de los dos estados, con exclusión del otro. Y en el caso de que existieran juntamente santidad y locura, en ese caso...

—Arrancaremos la locura para echarla al fuego, como hierba mala nacida en medio del trigo—dijo don Manuel,—conservando pura é intacta la santidad.

—Y si existieran juntas y confundidas, en una misma planta—agregó Halma,—respetaríamos este fenómeno incomprensible, y nos quedaríamos tristes y desconsolados, pero con nuestra conciencia tranquila.»

Flórez miraba al suelo, y Urrea no quitaba los ojos de su prima, cuyas palabras delectaba

en los labios de ella, al mismo tiempo que las oía. Después de una mediana pausa, y queriendo adelantarse al pensamiento de la señora, dijo el sacerdote:

«Pues para llegar á ese conocimiento y á esa separación, señora mía, tendríamos que... digo, veríamos de...»

—No, si por más que usted discurra, no puede adivinar lo que he pensado, lo que haremos, si Dios me ayuda, y creo que me ayudará, pues la sentencia que acabamos de saber viene, como de molde, á favorecer mi pensamiento, obra magna, don Manuel, una empresa de caridad que ha de merecer su aprobación. Verá usted—añadió después de otra pausita, aproximando su silla baja al sillón del limosnero.—Pues, señor, ahora la ley civil le dice á la eclesiástica: yo, apoyada en la opinión de la ciencia, he debido declarar y declaro que ese hombre está loco. Como su locura es inofensiva, monomanía pietista nada más, que no exige custodia ni vigilancia muy rigurosas, renuncio á albergarle en mis casas de orates, donde tengo á los furiosos, á los lunáticos, casos mil de las innumerables clases de desorden mental. Ahí tienes á ese hombre; encárgate tú, Iglesia, de cuidarle, y, si puedes, de devolver el equilibrio á su entendimiento. Es pacífico, es bueno, es de dulce condición en su desvarío. No te será difícil resta-

blecer en él el hombre de conducta ejemplar, el sacerdote sumiso y obediente...

—Y le cogemos—dijo Flórez,—y le mandamos á un convento de Capuchinos, ó á una de las hospederías religiosas, que existen para estos casos, y le tenemos allí un año, dos, tres, al cabo de los cuales, estará lo mismo que entró.

—Quiere decir que no le cuidarán, que no le observarán, mirando por su existencia y por su razón con el interés paternal que se debe á un alma como la suya, buena, piadosa, á un alma de Dios...

—No digo que...

—Pero nada de esto pasará—afirmó la Condesa, levantándose nerviosa, y cogiendo el bastón de Urrea para reforzar el gesto decidido con que acentuaba la palabra.

—¿Pues qué se hará, señora?

—A usted, mi señor don Manuel, le corresponderá la gloria mundana de esta prueba, si, como creo, Dios la corona con un éxito feliz.

—¿Y qué tengo yo que hacer, señora mía?—preguntó el eclesiástico un poco molesto, pues no le caía en gracia aquello de hacer él cosas que ignoraba, ni que su autoridad quedara reducida á ejecutar órdenes superiores, como un vulgar secretario.

—Una cosa muy sencilla, y que me parece

fácil. Mañana mismo... no hay que perder un solo día... mañana mismo, don Manuel Flórez y del Campo, el ejemplarísimo sacerdote, el gran diplomático de la caridad, coge el sombrero y se va á ver al señor Obispo. Su Ilustrísima, naturalmente, le recibe con los brazos abiertos, y usted le dice: «Señor Obispo, una dama de nuestra aristocracia...»

—¡Ah! ya... Una dama de nuestra aristocracia...

—¡Si lo adivina, si lo sabe, si no tengo que decir más! Pues qué: ¿no ha pensado usted lo mismo que yo? ¿No viene hace días dando vueltas en su mente á esta solución? ¿No esperaba saber la sentencia para proponérmelo?

—Sí, sí... Yo pensaba... En efecto... La idea es buena—dijo el limosnero, queriendo cazar al vuelo las de su noble amiga.—Claro que había pensado yo... Pues «Ilustrísimo señor, una dama de nuestra aristocracia, persona de grandes virtudes y celo cristiano, que quiere consagrar su vida al santo ejercicio de la caridad, ha imaginado que...»

Detúvose bruscamente don Manuel, vacilante, clavó sus ojos en Halma, después en Urrea, para volver á mirar con escrutadora fijeza á la ilustre señora, y en aquel punto, como si recibiera inspiración del Cielo, ó algún genio invisible en el oído le susurrara, vió el pen-

samiento de la Condesa con toda claridad. Y recordando al instante palabras y frases sueltas de conversaciones anteriores, y viendo en ellas perfecto ajuste con lo que acababa de oír, ya no necesitó más el agudo presbítero para recobrar toda su compostura mental, y sentirse dueño de sí mismo, y á punto de serlo de la situación. Limpió el gaznate para aclarar la voz, tomó de manos de Halma el bastón de Urrea, y fué marcando con él sobre la alfombra estas ó parecidas expresiones:

«La señora Condesa ha tenido un pensamiento grande y bello, como suyo. Hace tiempo concibió el proyecto de destinar su casa de Pedralba á un fin caritativo, estableciéndose allí, al frente de una pequeña sociedad de desvalidos y menesterosos, de pobres enfermos y de ancianos sin recursos. Bueno, Señor, bueno. Pues ahora, la señora Condesa se dirige por mi conducto al señor Obispo, y le dice: «Á ese pobre clérigo perseguido, absuelto y tachado de locura, yo me le llevo á Pedralba, allí le cuidó, allí le rodeo de calma, de un bienestar modesto; doy á su espíritu la soledad campestre, á su asendereado cuerpo descanso, y como él es bueno y sencillo, y su corazón se conserva puro, respondo de que en breve tiempo podré devolvérselo á la Iglesia, limpio de las nieblas que han empañado su mente. Entréguenme el va-

gabundo, y les devolveré el sacerdote; denme el enfermo, y les devolveré el santo.»

—¿Y eso puede ser?—preguntó vivamente la viuda, sin admirarse de lo bien que el sagaz Flórez le adivinaba las intenciones.—Quiero decir: ¿consentirá el señor Obispo...?

—¡Ah!... lo veremos. Mucha fuerza ha de hacerle su nombre, señora.

—Y más aún la intervención de usted.

—En casos como éste de Nazarin, el Prelado adoptará uno de dos procedimientos: ó entregar al enfermo un vale perpetuo para el Asilo de Eclesiásticos, ó ponerle bajo la salvaguardia de una familia respetable de reconocida virtud y piedad. Esto último se ha hecho hace poco con un pobre clérigo que padecía de ataquillos de enajenación.

—Pues la familia respetable á quien se encomiende la custodia y cuidado de este santo varón, seré yo.

—Sin duda. Y mucho mejor, si se constituye el Asilo ó Recogimiento en forma legal y canónica, poniéndolo, como es natural, bajo la tutela del jefe de la diócesis.

—En fin—dijo Halma gozosa,—que Nazarin es nuestro. Y el señor Obispo, ya lo estoy viendo, alabaré mucho este plan al saber que es idea de usted.

—Idea mía no—replicó Flórez sin mirar á la

dama.—Si acaso, en parte... Ambos pensamos lo mismo. Pero yo no podía pronunciar sobre ello la primera palabra, y tuve que aguardar á que la dijese quien debía decirla.

—Quedamos en que mañana mismo...

—Mañana mismo, sí señora.

—No se nos adelante alguno...

—¡Ah! lo que es eso... Pierda usted cuidado.»

Retiróse don Manuel á su casa, y aquella noche fué acometido de una lúgubre congoja, cuyo fundamento el buen clérigo no podía explicarse. «Esta tristeza hondísima y que parece que me abate todo el sér—se decía, sin poder conciliar el sueño,—no proviene de causa puramente moral. Aquí hay algún trastorno grave de la máquina. Ó el hígado se me deshace, ó la cabeza se me quiere insubordinar, ó el corazón se fatiga, y me presenta la dimisión.»

## V

Hízose todo como Catalina de Artal deseaba, sin que la gestión del buen Flórez tropezase con ninguna dificultad ni obstáculo de importancia. Notaban en él cuantos en aquella ocasión le vieron, lo mismo en las oficinas eclesiásticas, que en las casas nobles que ordinariamente visitaba, una gran decadencia física, la cual parecía más grave por la pérdida de la jovialidad. Además,

claramente se advertía cierta inseguridad en las ideas, y dispersión de las mismas en el momento de querer expresarlas, vamos, como si se le fuera el santo al cielo, según el dicho vulgar. No era ya el mismo hombre; en pocos días su cuerpo perdió la derechura que le hacía tan gallardo, su cara se había vuelto terrosa, sus manos temblaban, y cuando quería sonreirse, su habitual expresión afable le resultaba fúnebre. «O don Manuel está muy malo—decían sus amigos,—ó algún hondo pesar silenciosamente le mina.»

Una mañana, el Marqués de Feramor le mandó llamar cuando descendía del aposento de la Condesa, y encerrándose con él en su despacho, puso la cara de las grandes solemnidades para decirle: «¡Parece mentira que nuestro querido Flórez, desmintiendo su grave carácter, se haya prestado á favorecer las increíbles extravagancias de mi hermana! Primero, la tontería de meterse á redentores de José Antonio, poniéndose en ridículo, y dando lugar al desbordamiento de las hablillas y chirigotas. No era esto bastante, y entre mi hermana y su limosnero inventan este sainetón grotesco de llevarse á Pedralba toda la cuadrilla nazarista... porque supongo irán también las discípulas, para mayor edificación... Ya ha principiado el coro de bur-las, que á mí no me afectan, no señor, porque

todo el mundo sabe que permito á mi hermana lanzarse por su cuenta y riesgo á estas aventuras locas, para que encuentre en la ruina y en el ludibrio de las gentes el castigo de su soberbia.»

La actitud y el lenguaje del señor Marqués eran de pontifical, según el rito inglés parlamentario y economista.

«Lo que más me duele—añadió,—es que nuestro buen amigo, en vez de poner un freno á estas que califico benignamente llamándolas extravagancias, les haya dado calor y apoyo con su autoridad...»

Al oír esto, una onda de sangre subió del corazón al cerebro del sacerdote, y la ira, que era en él, por índole y por costumbre, sentimiento casi desconocido, se encendió en su corazón súbitamente. Al querer expresarla, las palabras se le atropellaron en la boca, su rostro enrojació, sus ojos se avivaron. Con lengua torpe pudo decir tan sólo:

«¿Tú qué sabes?... ¡Eres un necio!»

Y salió, como huyendo de sí mismo, arrastrando el manteo, la teja echada hacia atrás, murmurando incoherentes frases por la escalera abajo. Iba por la calle dando tumbos, sosteniéndose por un desmedido esfuerzo de la voluntad, y al llegar á su casa, agotado bruscamente el esfuerzo, cayó redondo en el portal. Entre el

portero y dos vecinos que bajaban, levantáronle del suelo, y como cuerpo muerto le condujeron al cuarto segundo donde vivía. El ama y la sobrina, dos mujeres simplicísimas, ambas entradas en años, que le querían entrañablemente, rompieron en estrepitoso llanto al verle entrar en tan mísero estado, y la sobrina exclamaba: «¡Virgen de la Valvanera! Ya lo dije yo. Mi tío venía mal desde la semana pasada.»

Acostáronle, y como una media hora tardó en recobrar el conocimiento; mas la palabra no. El buen señor quería decir algo, y su lengua inerte no le obedecía. Acudió el médico, fuéronle aplicados los remedios elementales, y ya muy entrada la noche, después de algunas horas de reposo, pudo expresarse con mediana claridad: «No seáis tontas—dijo al ama y la sobrina, que una á cada lado del lecho le contemplaban atribuladas,—ni deis ahora en la manía de asustaros... Esto no es más que un aire. Lo cogí al salir de casa de Feramor. Ya me encuentro mejor, y con la ayuda de Dios Misericordioso y de la Virgen Santísima, mañana podré echarme á la calle. Y en caso de que determinen que ya estoy de más en este mundo inicuo, ¿qué hemos de hacer más que conformarnos todos, yo con irme á donde mi Padre Celestial me destine, según mis méritos ó mis culpas, vosotras con que me vaya y os deje en paz?»